

MANEL QUERALT

Druda  
el vigilante de la obra

---



emboscall

© Manel Queralt i Utrilla

© De esta edición: Emboscall

C/ Soledat, 7, 1<sup>a</sup>-1<sup>a</sup> 08500 Vic

[www.emboscall.com](http://www.emboscall.com)

Depósito legal: B-27150-2006

ISBN: 84-96443-81-7

Primera edición: junio de 2006

“Si drut\* e druda se prometen entr’ells  
alguna cosa a donar, ab cartes o sens cartes,  
aytal promessio feyta entr’ells no val.”

(Costums de Tortosa s. XIII)

“Si el amante y la amante prometen  
darse algún bien, con documentos o sin ellos,  
tal promesa, no tiene validez.”

(Costumbres de Tortosa s. XIII)

---

\* Amante; querido, -da; concubino, -na

.|. .

.....

Mira cómo estalla y se desliza esta  
pesadilla y cómo sus dedos descubren  
el espejo profundo de mis noches:  
ojos que desde la sombra acechan, siguen  
al insomne en su vagar eterno.

Huyo por los pasillos de un piso alquilado  
y en vano perforo en la oscuridad  
—locas las manos— puertas y ventanas.

*(Y me siento al fondo, un fondo cualquiera,  
siempre que exista uno lejos de las puertas,  
y unos entran y otros simplemente salen,  
los hay que ni entran ni salen y unos se quedan  
siempre y otros quizás pasan y se pierden.  
Cuando veo una puerta me entra el miedo  
y un sudor frío escarcha mis sienas.)*

De pronto se rasga la noche y un hilo  
de luz tenue apuñala esta clausura.  
Me hechiza el haz, me atrae bajo la puerta:  
estrangula i tensa el deseo de huir  
me empuja el sino del recluido desasosiego.  
Fuera un coche y un callejón me esperan.  
*(Crean que te pueden recoger o dejar  
plantado en medio de la calle;  
en cuanto te ven, no haces señales aparentes  
que demuestren que quieres sus servicios  
que ya calculan cuánto facturarán.  
Sin remedio te miran —porque sé que nos  
miran mucho antes que nosotros a ellos—  
y saben que realmente no tenemos  
ninguna intención de usar sus servicios,  
ya lo saben y por esto se paran  
delante, solamente porque estás de pie*

*cerca de los límites, al lado de la corriente.  
Pero irremediablemente se paran  
delante y te fuerzan, así el gusanillo  
en los bolsillos antes de la comida y esto  
tan solo —astutos quincalleros— porque  
creen que te pueden recoger o dejar  
así, plantado, en medio de la calle.)*

Un enano me quiere acariciar las piernas  
y como rehúso sus torpes intentos  
crea un ambiente propicio, más íntimo,  
y con la luz de sus ojos me adiestra  
*«¿A que te gustaría que te tocaran?»*

El rumor del motor se pierde más allá,  
la noche pasa deprisa por la ventanilla  
y sus amortiguadores carnosos nos aíslan:

no hay conductor, quizás ya ni coche.  
Llueve sopor y sueños, la noche abrume:  
sin medida, las manecillas van perdidas,  
muerto el ritmo, la duración es deriva,  
es desierto sin arena, tan solo caída.  
Olvido hacia donde tenía pensado ir  
y qué pasadizo deseaba abandonar,  
solamente presentía las manos lascivas  
*«Así así... ¿A que te gusta que te toquen?»*  
*(Suspiros bajan de los árboles y se agrupan.*  
*Las hojas acordonan la calle y rodean*  
*y dejan otoño bajo los zapatos.*  
*Caballos crecen en las puntas de los pies,*  
*cabalgan piernas arriba y trepan*  
*y te clavan los dientes en el sexo dormido...)*

Un pellizco tibio de vida cae sobre  
el frío asiento y resbala entre las piernas:  
la soledad penetra por el agujero  
del culo y de muerte embaraza la fiesta.

*(En la Marien Platz, desde el Hochkaffee,  
con la punta de los dedos repasaba  
sobre los cristales los límites rizados  
dibujados entre el cielo de media tarde  
y el viejo gótico del nuevo ayuntamiento,  
nada más lejos de la línea sencilla  
que resigue tu añorado culo.)*

Una lengua larguísima se cuela  
por el inciso mínimo de la ventanilla.  
Ciega, se acerca —babas y recuerdos  
de una noche presumiblemente muy fría—



y me puntea la piel de la entrepierna,  
recoge los restos todavía calientes  
y se pierde en la oscuridad. Pringada pausa.  
*(Enloquecido, el taxímetro no para  
de aumentar, caen tan deprisa los dígitos  
que no los sé ver, suben tan aprisa  
las cifras que no llego a saber la cuenta,  
la deuda; marca y marca, palpo y no  
encuentro la cartera... ¡Ni los bolsillos!  
Miles, millones: «¡Pare por favor, pare! »)*  
Socarrón, el conductor se gira y sonrío.  
Vuelve la lengua y se enrolla en mi cuello  
y de un fuerte tirón nos echa fuera:  
yo y mi miembro —brújula asustada—  
desorientados, nos vamos a la mierda .

Desde el fondo de alguna calle recupero  
un presente y una pulcra presencia:  
mil agujas de luz clavadas en los ojos,  
dedos trémulos bañados con saliva  
aplastando los pelos más rebeldes,  
gestos entrecortados y la mirada estúpida.  
« ¿Qué miráis, nunca os da por caer a vos? »  
Es muy profunda la noche, hay tanto sitio  
para todos los que viajan y caen dentro...  
Se sientan, lo hacen en medio de la calle  
y allí nos invitan a morir un poco.  
Me atrae el espíritu de los meandros  
y empezaría a bailar y bailar siempre  
con los ojos cerrados bajo las manos,  
entre las cuerdas del arpa de los concertistas.

Y rasgada la ropa temporal  
y esparcidos por todas partes los prejuicios,  
renazco en el centro desnudo de este presente  
tan real y tan necesitado de danza.

Pero en las Ramblas chillan las miserias  
locas: ojos azules e intermitentes, feroces.

Repetitivas, persistentes, monótonas:  
las sirenas hacen la guerra a las arpas.

Repetitivas, persistentes, monótonas:  
se rompen las cuerdas y muere la música.

Repetitivas, persistentes, monótonas,  
Repetitivas, persistentes, monótonas...

.....

Ya se alejan pero seguro que vuelven.

Renacen las arpas en oscuros rincones.

De nuevo los niños crecen y juegan entre  
las losas mojadas de orina, cantan:

*«Y las sirenas vuelven, dan vueltas,  
y arrastran en torno a ellas, las miserias... »*

.....

Y me siento y lo hago en medio de la calle.

.....

No paraban de escarnecer las bocinas.

Tres chicas jóvenes atraviesan ligeras

y decididas y perfectamente

vestidas mientras exhiben los ritmos

y los colores de moda. Van en grupito

por la pasarela de piel de cebra,

marcan y mantienen proporciones

visuales y estéticas, perfectas.

Agitación, alboroto, bulla y jaleo,

tres pelanas indigentes enmarillecidos  
por la borrachera de una vejez  
que les agujerea el hígado a marchas forzadas,  
salen por el otro lado. Cantan, bailan  
y toman rayas blancas de la calle  
y se hacen pijamas de asfalto, perfectos.  
Un día como el de hoy, como si nunca  
hubiésemos creído que se juntarían,  
las dos imágenes se cruzarán:  
el espejo de la fiesta siempre muestra  
dos caras —perfume y hollín— enfrentadas.  
Tres borrachas lloronas, envejecidas,  
tres gentilhombres, jóvenes y confusos...  
.....

Y con los ojos sacados, estirados y tensados

hasta que me tapen las orejas y olvide  
los chillidos de los coches, ¿tan sólo porque  
me siento en medio de la calle y me planto?  
Me abandono, me olvido... y el alquitrán  
caliente se me ofrece como pasta de molde.  
*(«Es con caucho de las selvas tropicales,  
del más fino, de los árboles donde hacen  
el amor locamente los monos, y es caucho  
fundido en grandes cantidades industriales  
amoldado a los falos de fríos metales.»)*  
Ya las piernas y las nalgas hacen tufo  
a chamuscado y en los huevos la comezón  
sube insoportable, un escozor  
que va donde se retuercen las herencias  
*(Era muy doloroso un nuevo orgasmo,*

*desear el placer por enésima vez*

*y sentir la punzada de la sequía.)*

La noche me pasta de cintura para abajo

y olvido las caderas pero no el dolor

que me oprime insistentemente las sienas.

No subirán los caballos sedientos

de éxtasis desde mis pies hasta la boca

de la amada, si el sexo ya no

sirve, ¿podré finalmente olvidarlo?

*(«De hecho, el orgasmo es sencillamente*

*una descarga de tensión,*

*como la defecación, by example.»)*

Las manos planas sobre el asfalto se encienden.

Enterradas, no es por el dolor de piel

lacerada y en carne viva por lo que ahora lloro,

sino por la pérdida de estos dedos  
que han jugado tan a menudo con las palabras  
y que encaran el oro negro decididos  
a perder las señales, la buenaventura.

*(Cuando llovía, el riachuelo y sus pozas  
profundas se llenaban de agua fresca y sucia.)*

Y lloro, vaya incomodidad.

Hago fuerza, lo intento como los niños  
cuando hacen caca y así me hundo más deprisa

«¿Dígame Doctor, la situación  
puede estimular mi aerofagia? »

Despacio, muy lenta y tímidamente,  
una burbuja-presagio se adscribe  
dentro de los hechos posibles y se hace notar  
entre las piernas, sube decidida.



*«Oiga joven, si yo fuera doctora,  
que no lo soy pero como si lo fuese, diría...»*

Incierta, se detiene en la superficie  
y temblorosa como un recién nacido,  
parece que lo conseguirá. Si no revienta  
no será un pedo con título de Honorable  
y como que ahora y aquí está previsto que lo sea,  
un pedo Real o muy Honorable, explota  
y una nubecilla triste y hedionda se eleva.  
El asfalto me estrangula y sujeta la nuez  
y no consigo tragar saliva.

Ejercito una respiración entrecortada  
y rápida y cada vez que logro expirar  
el asfalto me aprieta más y más el pecho.  
*(Qué bonitos y suaves son los tuyos, nena.*

*Cuando deseas amarme —vivaracha—  
gateando te acercas y me los refriegas.)*  
¿Y no queda más espacio donde moverme?  
El que puede haber entre los huesos y la piel.  
Me hundo. No oiré más estas  
molestas bocinas que chillan  
a mí alrededor: gente y gigantescas ruedas.  
Empezó a mear sobre mi cara.  
La falsa «doctora» escandalizada  
delante de aquella prominente sorpresa,  
con gusto y en secreto, se complacía.  
*(...Amor mal entendido, el tren cremallera  
de tus pantalones descubre erecto  
tu sexo y lo quiero poner entre mis labios  
y al instante, visto y no visto, desaparece.)*

.....

*«Perdone, no le había visto, los servicios públicos, como se sabe, claro, van escasos. Por otro lado, y en ningún caso vaya a creer que tenemos nada en su contra, no existe placer más alto que mear encima de todos aquellos que siempre molestan y que en una posición más favorable, la cual estamos convencidos desearía, usted mismo también contribuiría...»*

Incontables, las bocinas chillaban. Chillarían también las que, alejadas y que por culpa del atasco, podríamos imaginar, aunque no confirmar, calladas por las calles de la ciudad.

Primero, desconcertadas y en silencio,  
después, empujadas por un deseo loco,  
se unirían al inmenso griterío  
para más adelante empezar a jurar  
y perjurar que matarían al imbécil  
de turno que «... *estamos seguros ¡segurísimos!*  
*no podía ser de ninguna otra forma.* »  
creaba aquel atasco «... *in-ad-mi-si-ble*»  
Sobre el asfalto, una cabeza sobresalía:  
un bulto, un insulto «... *Por fin, ya se acaba,*  
*lo celebramos.* » Seis extraños individuos  
miran y complacidos ríen y ríen.  
¿Ya no recuerdo ningún cuerpo? ¡Pues lo olvido!  
(*Después de andar tanto por el asfalto*  
*se me han quemado los pies, la sangre y el alma.*)  
Me hundo del todo y los coches prosiguen.

..|..

.....

.....

*(Jugábamos en la playa con los demás niños, por las mañanas: a hacer castillos de arena y al atardecer: agujeros grandes y profundos.*

*Nos íbamos cuando la marea asediaba el día que sangraba mientras moría cubierto de tierra y agua hasta al cuello.*

*Y corríamos perseguidos por sus gritos porque sabíamos que éramos los culpables.*

*Y a media noche, como siempre, cautelosos, corríamos las cortinas y sonreíamos:*

*«Ni rastro...» Al alba, de nuevo, retomábamos los juegos con la arena fina y mojada.)*

Bajo el asfalto la ciudad se carcome.

Frente a la muerte, primero el confinamiento  
del cuerpo, después, lentamente, las ideas.

Y mientras en las manos se pudre la carne,  
las uñas aún crecen y se curvan  
y se separan de todos sus dedos:

esparcidas a nadie pertenecen

*(Penetra entre las raíces, vagabundea  
por el hayedo y espera que un niño  
abraza y escuche la risa de las hojas:*

*«¿Padre, qué dirán los árboles?» «¡No seas  
bobo, hijo! Los árboles, está claro, no hablan» )*

Engullen los pozos. Caes y en los pasadizos  
el aire enrarecido deshace la realidad.

Nunca podrías imaginar una obra  
como ésta que se extiende, nace y muere

dinámica e ininterrumpidamente.

Yo mismo tan sólo la conozco a grandes rasgos y solamente, en el mejor de los casos, estoy informado sobre ciertas partes del conjunto, el cual nadie, ni los mismos empleados —por otro lado, juraría, nunca-vistos cosa que ni demuestra ni desmiente la posibilidad de su existencia— la han conocido. Crees que la red del metro es grande. Andenes separados, enfrentados, a la vez cerca y lejos, sentidos contrarios. Cruzar —aunque no es demostrable la presencia oportuna de trenes e incluso ni la propia existencia—

significaría morir aplastado  
por el miedo: los silbidos de un tren probable.  
Goteo, siento el roce del aire: caigo  
—caer, gotear... ella también se perdió  
y ahora se sienta en aquel mismo banco—  
y lo hago solo y me encuentro solo en mi  
lado mientras en el otro andén hay muchos:  
« ¿Tantos? » Todos los que he deseado olvidar.  
Desde la fracción imprecisa en el tiempo  
en que decidí olvidarla, retomado  
de nuevo el último enlace, ahora vuelve  
más diáfana que nunca, la misma chica.  
*(Quien te ha escrito, te escribe y aún te desea  
y resigue con mimo todo tu cuerpo  
con cada una de estas palabras.*



*Quien te pronuncia conoce bien tu nombre  
y lo besa y lo resigue donde vaya, insomne.  
Quien te invoca te quiere tan veraz que yerra,  
un recuerdo fijo que no sabe cómo morirse.)*

Definitivamente podría decir  
—aunque no me haya acechado nunca  
porque es evidente que lanza su  
mirada perdida a las vías vacías  
y que probablemente no me mire jamás—  
que no le preocupa perder los trenes:  
¡los dejaría pasar uno detrás de otro!  
Me obliga, por ese motivo me obliga  
a estar atento a los cambios de su rostro.  
¡Pero entonces perderé los posibles trenes!  
Me exige, me fuerza ¿por qué no se va?

Y parece... parece que pretende conversación.  
Así es que después de un encuentro  
—¿encuentro?— tan imprevisto, después  
de tanto tiempo quién me iba a decir  
que volvería a tomar cuerpo tan dentro de mí.  
(«¿E incluso si le faltara un pecho?  
*No pasa nada, el defecto es encanto.*  
*Aproveche y flirtee como nunca. Póngase*  
*el vestido más escotado que tenga y luzca*  
*dos pechos impecables. Después, una vez*  
*desnudos y en el catre, si la rehúsa,*  
*no lo dude, le garantizamos la consistencia:*  
*será un buen golpe de pecho en sus partes.*  
*¡Ahora, no lo dude, cómprenos pechos postizos!»)*

Que voy a correr... Sí, que ahora mismo voy!

No se mueve. Seguro que si empiezo a correr me seguirá, lo hará como lo hacía siempre.

«¿Lo harás, verdad? Ves, ni te miro ni me giro...»

Empiezo a correr y a medida que avanzo se estiran y se curvan poco a poco los andenes y en el punto más tenso, convexos y enfrentados, justo cuando los arcos se doblan para formar las esquinas, me pierdo y no encuentro la salida... Me paro.

Hago marcha atrás y cuando nuevamente llego al punto exacto de partida, vuelven a ser rectos. Entonces lo intento hacia el otro lado y una vez tras otra ocurre lo mismo. Corro hacia el pasadizo que puede haber al final del andén:

“Porque así debe ser, porque así debe ser...”

Y en un momento como éste, cuando podría parecer que no hubiera podido continuar, voy y me estrello contra un extremo.

...|...

.....

.....

.....

*(Con las puntas de los dedos aparto  
las hojas que cubren miedos caducos,  
empiezo a escarbar el humus de la tierra  
y hundo las manos entre los pasadizos.  
Aquí dentro enmudece el sol, se pierde  
la voz y el amor olvida los cuerpos, bajas  
a los dominios profundos de las raíces,  
de los espacios sin límites, húmedos silencios:  
oscuridad punteada con recuerdos breves.  
Tan sólo el dolor agudo de arañar  
la tierra me mantiene el compromiso de vivir.)*

Hojarasca, olor de hongo y ojos de topo,

durante mucho tiempo compartimos esta  
misma tierra, la trabajamos  
a oscuras entre un entramado de raíces.  
Y en la soledad crecíamos perfectos.  
Procurábamos no asomar nunca la cabeza  
para que los intrusos no nos descubrieran  
entradas y así —pies para qué os quiero—  
vagasen sin control alguno por los túneles.  
Era necesario ser escrupuloso, permanecer atento,  
no olvidar ningún detalle que les permitiera  
pensar que allí vivía alguna cosa.

*(« No querer saber que en el exterior  
los grumos oscuros nos delatan. Somos frágiles,  
tan sólo falta que los resigan y hundan  
la mano para arrancarnos las entrañas.*

*«Ningún indeseable ha de molestarnos.»*

*Lo dices, pero los únicos enemigos son  
los propios latidos, los únicos intrusos. »)*

Y aun teniendo los caminos predestinados  
a encontrarse, no coincidíamos nunca,  
no era tan importante como el trabajo  
que no acababa nunca como el objetivo  
para el cual consumíamos nuestro tiempo.  
No desaprovechábamos ni los recesos  
con fantasías que al fin y al cabo  
van en contra del trabajo productivo.  
A menudo soñabas y resguardada  
en la oscuridad te traicionabas; abusabas  
de mi insomnio y me hacías obligado  
testimonio de tus impertinentes desvaríos.

*(“Extiendo el sudor por este mi cuerpo  
que con tanto delirio siento y te quería  
cuando con la punta de los dedos resigo  
todos los nuevos y dormidos pasadizos  
también aquellos que huidizos se pierden  
más allá de la oscuridad con el roce de los años”)*

Yo, atento, velaba. Tú descuidabas.

¿Y piensas que no seguía tus espasmos?

Ciertos detalles insignificantes distraen.

¿Y las palabras a media voz pronunciadas?

Nunca he sabido qué me querían decir

*(“...La mano me resbala ligera pero firme  
y como una serpiente que busca la presa  
y la quiere y obstinada la desea  
y se desplaza silenciosa para atraparla,*

*acorrarlo el desasosiego más esquivo  
en el mismo centro de la construcción.  
El placer nace el instante preciso antes  
del ataque: ¡vértigo indescriptible!  
No. No me deseas. ¿Por qué no me olvidas?») )  
Me gustaba mucho dejarte hablar  
y callar y enmudecer y percibir y sentirte.  
¿Chillabas de desesperación?  
No sabías —decías— para qué horrible  
sueño te había hecho nacer dentro  
de esa oscuridad tan insoportable  
que no sabías si estabas viva o muerta.  
Pero —pienso— ¿por qué insistías tanto?  
Aún hay mucho por hacer, por construir...  
Y las paredes húmedas con el paso*



del tiempo se deterioraban, se te pudrían.  
Eres consciente, porque ya te lo decía  
siempre, que esa dejadez tuya  
y la falta de interés pondrían  
en peligro los pasadizos y por lo tanto  
tu enterrada y oscura existencia.  
Y con aquellos gritos desproporcionados  
parecías el enemigo más pérfido ¿lo eras?  
Pero tú nunca has querido decir nada,  
he sido solamente yo quien te ha imaginado  
quien ha inventado que vivías, que hablabas.  
Aquí caíste por casualidad  
y para que no descubrieras mis  
pasadizos, te dejé hacer y te hice  
creer que te amaba. Tienes que aceptar

que fue una forma —la mejor forma,  
la más sutil— de vencer al enemigo  
más peligroso, el más difícil ¿Verdad?  
La obra es perfecta, la obra... perfecta...  
*(« En la oscuridad pierdo los sentidos,  
lentamente los túneles aumentan la distancia  
y me separan de ti que tanto te amo.  
Y cuánta soledad, cuánta tristeza...  
Pese a no verte nunca, palpo tu odio.  
No nos encontraríamos ni que fuésemos juntos.  
No. No me escuchas. ¿Por qué no me olvidas? »)*  
« ¡Y qué quieres —grito— qué quieres! No me  
obligues a decirlo pero ¿qué quieres? No me dejas  
otra alternativa ¿Qué quieres, quieres que te mate!?

....|....

.....  
.....  
.....  
.....

*(Es este silencio tan largo, pesado.  
Como a mediados de julio las gavillas  
encerradas en bolsas de plástico  
oscuro amontonadas una encima de otra  
—mecánicamente— después de la siega.  
Ahogado silencio, silencio fundido, triste:  
ni la luz del sol ni el agua de lluvia  
ni la tierra seca sobre esos campos  
donde ahora se secarán los rastros.)*

Clavado el pequeño espejo, se proyectan en él

los ojos entornados y de mirada cansada  
dentro de una imagen de pasadizos vacíos  
donde la soledad flota entre paredes  
tan frías como el cristal del espejo  
sobre el cual dibujas todos tus besos  
i no puedes dejar de contemplarte Druda.

*...en la oscuridad soy,  
entre adormecidos, el vigilante de la obra.*

(Joan Vinyoli)

## **Inciso**

Agradezco a Isabel Foó y Jesús Aumatell la lectura atenta y los consejos sobre la versión castellana.

Impreso en Vic.  
Junio de 2006.